

“El Cartel de Cali”

Autor: Millán Orive

Recordó su infancia en los suburbios de la zona sur, a orillas del Cauca, y también recordó a su abuelo llevando la barriga floja debajo de la camiseta colorada, bamboleante sobre los pantalones azules que le apretan los tobillos sin calcetines. A su lado, su amigo Leonel apagaría el enésimo cigarrillo negro del día y una radio atronaría con rumbas añejas. Esto era su barrio, un basurero que esconde tesoros de lata, chapa, cartón y vidrio. En medio de una casucha llamada "Lolita", su abuelo es dueño de un universo cartonero. En la puerta del habitáculo flamea una banderita del Deportivo de Cali. Su abuelo tiene ahora 72 años y vino de Manizales para buscar algo mejor y encontró el correr con el carrito tras la esperanza de cuarenta kilos de cartón. Delante de la casa del abuelo, el sendero sigue hacia atrás, hacia el río. Delante de su casa las vacas pastan adormecidas y los terneros esperan tiempos mejores. A los pies de la casucha las gallinas se alborotan. Luz tiene. Agua no. Tres tinacos de veinte litros almacenan lluvia para lavar la ropa. Para el resto suele caminar hasta la fuente, cerca del puente. Con el pensamiento puesto en su abuelo dieron las tres de la tarde y Filmar Lozano inició el paseílo que abría la Feria de la Caña de Azúcar de Cali. El cielo prometía una tarde esplendorosa. Y el sol chorrea sobre las chimeneas de los ingenios azucareros, falso y hermoso. La leyenda violenta de su barrio irradiaba de muerte las esquinas donde los futuros sicarios crecían. Ahí, del otro lado del río, cruzando el puente comenzaba la tierra donde parecía reinar otra ley, o ninguna. Desde ahí hasta la Hacienda donde se casó Filmar, "El Cafetal de Oro", había apenas 20 Kilómetros.

Ahora, el barrio parece un puzzle destrozado por el capricho de un niño, unas cuantas cuadras, 80.000 almas apiñadas entre el río y el resto del mundo. Este es un sitio donde las guaguas no paran de noche y los taxis no cruzan después de las seis de la tarde. Antes era un terreno todo plantado de álamos centenarios y que talaron para sustituirlos por containers. Los habitantes más antiguos del barrio se acuerdan de cuando se bañaban en las aguas del Cauca y los barquitos relucientes navegaban río arriba. Aún hoy los caleños rendían culto a sus ríos, así cada domingo se trasladaban en procesión a disfrutar del baño en las corrientes frías que bajan de los cerros, en particular se bañaban en el río Pance. Por las noches en el barrio el dios del culto es el baile. En "Juanchito", los humildes tablados que servían de escenario a los bailarines de la zona mulata de la ciudad, habían pasado a ser "danzódromos" muy concurridos por todo Cali y por los turistas, allí se bailaba hasta el amanecer. La rumba tenía su clímax durante la Feria de la Caña.

Una vez su abuelo tuvo un caballo. Se llamaba Catalán, era un alazán tostado y bueno, nervioso cuando lo montaba por las casetas en la Feria. Le había hecho un agujero en la pared de su cuarto para

comunicar con el establo y así dormir juntos. Pero lo tuvo que vender a un muchacho de Papayán porque necesitaba la plata.

Wilmar tiene 20 años, la cara repleta de hoyuelos, ojos pícaros y sonrisa burlona. Cuando era niño vendía canastos de mimbre que traían de Boyacá. El sueño de Wilmar era estar en el cartel de Cali... y vaya como lo consiguió. Una noche, con doce años, se desplazó hasta "el Cafetal de Oro" para descerrajarle dos tiros en la cabeza a don Faustino, uno de los jefes del cartel, en un ajuste de cuentas de don Pablo, su año, y acabó embelesado por la estampa de un toro bravo que trotaba en el apacentadero. En ese momento decidió luchar por entrar en el otro cartel, en el de los toros. Se presentó ante don Faustino y le contó que su misión era balacearle a bocajarro pero que de verdad lo que quería era tomar la alternativa algún día en la Feria del Cali. A don Faustino le hizo gracia el muchacho y le empleó en la hacienda como mozo, él le haría debutar como torero. Tres días después dos hombres de don Pablo aparecieron muertos en la cuneta de la autopista oriental.

Las diecisiete mil localidades de la plaza estaban a rebosar, una de ellas la ocupaba su abuelo en lo alto del tendido, para no distraer a su nieto. Su primera presencia en el coso de Cañavelarejo había despertado el interés de la prensa, de hecho Raúl Cabrera de El Espectador ya le había entrevistado días atrás. Entre otras cosas le había preguntado por la influencia así con ironía, de don Faustino en su carrera. El primer toro *Echacartas* le correspondió a César Camacho, era un toro negro, bragado y ojalado. En ese instante César le abanicaba mientras el varilarguero se preparaba par el segundo puyazo de la suerte. Cuando se soltó de la garrocha *Echacartas* reuló y emprendió calamocheando un trote distraído.

La ganadería de la tarde de hoy, Clara Sierra, era un clásica de Colombia, así se lo había dicho en el tentadero de la hacienda hace un mes su caporal, don Manuel. Los morlacos llevaban altaneros la divisa azul y blanca.

La ganadería, le comentó don Manuel, se fundó en el año 35, con procedencia "Mondoñedo", que en su momento trajo de España a Colombia don Ignacio Sanz de Santamaría, y que era a su vez originaria de la de don Joaquín Buendía Peña (encate de santacoloma). En 1979 fueron traídos desde Estapa dos toros -Pavero y Hechicero- de Graciliano Pérez Tabernero también con procedencia de satacolona, los cuales transmitieron la legendaria fiereza y bravura que buscó en sus productos el estricto ganadero charro. Ese año 79, con gran pesar para el caporal, se trajo un encaste más comercial, ya que la tendencia dominante y la preferencia de los apoderados y los toreros se fundía con aquellos toros de procedencia parladé "que son más agradecidos y presentan

menos inconvenientes que el oro de santacoloma" sentenció don Manuel, en especial, añadió de forma crítica "el encaste logrado por la familia Domecq". La corrida de hoy era en un tercio origen santacoloma.

A Wilmar le habían ofrecido tomar la alternativa en la Feria de las Luces, en el abono nocturno también de la Feria de Cali, pero don Faustino había arreglado que fuera en el cartel que abría el ciclo ferial el 26 de diciembre. César Rincón, su ídolo, torearía cuatro tardes, "menuda recepción triunfal que le hizo Bogotá después de sus cuatro salidas consecutivas por la Puerta Grande de Las Ventas, con el torero montado en un camión de bomberos como un emperador romano". Enrique Ponce, Rivera Ordoñez, José Tomas, Vicente Barrera, Manuel Caballero, "El Cordobés", Pedrito de Portugal y los debutantes Morante de la Puebla, Miguel Abellán, y Julián López " El Juli" (triunfador en España" harían el paseíllo en dos tardes. Echacartas yacía en el albero en espera del badal que le engancharía a los tirantes de las mulillas camino del desolladero.

Los años de aprendizaje en la Escuela Taurina habían sido duros, bonitos y expectantes, el director don Higinio Lalinde veía en él un futuro matador, así se lo comunicaba a don Faustino en las intensas partidas de dominó del Cafetal. Durante el día Filmar trabajaba a las órdenes del vasco Bengoechea en la rama de falsificaciones del cartel de Cali. En Colombia se falsificaba de todo: ropa, billetes, arte, bomberos voluntarios, lubricantes, remedios, repuestos de coches, agua destilada donde debería ir un remedio contra el cáncer, etc. Hasta diputados. Basta con recorrer el centro de Santafé de Bogotá, Cali, Manizales y sobre todo Cartagena, en estas ciudades en diversos puestos callejeros se pueden comprar entre otros artículos relojes de grandes marcas por unos pesos. En el Mercado Central de Cali la variedad de ropa falsa era ingente. Había Wrangler, Nike, Polo, Chevignon, John L. Cook y Calvin Klein por cada esquina. Últimamente Bengoechea se dedicaba al lubricante. No es fácil detectar el lubricante falso. En un almacén de la Avenida Sexta tenía almacenados 140.000 litros de lubricante adulterado. Allí también había miles de envases de lubricantes marca YPF, Esso y Shell, listos para ser llenados. Los envases eran idénticos a los originales. Wilmar se encargaba de repartirlos por los garajes y talleres de la ciudad.

El segundo toro de la agradable tarde, Napoleón, era un bonito sobrero de 525 kilos, jabonero, botinero y algo burriciego, le correspondía lidiarlo a Juan Rafael Restrepo. Le recibió con unos lances por navarras para finalizar con una media que el público agradeció entusiasmado. Bamboleó con una media que el público agradeció entusiasmado. Bamboleó con gracia el percal que sin embargo dejó enganchado en la astifina cornamenta, desarmado Restrepo tuvo que tomar el olivo. Filmar desde el callejón se acordó

de aquella vez que huyó del bar de su amigo Tino cuando los de la Brigada Fiscal irrumpieron por sorpresa en el local buscando CD falsos de Luis Miguel y Pancho Céspedes.

El bar de antioqueño Tino estaba en una esquina del centro histórico, enfrente de la catedral. Tino se llamaba Florentino. Se dice de él que fue corredor de apuestas, pero que la policía le complicó el camino y tuvo que empezar a vivir de otra cosa. Se sabe que vino de la nada, de vender verdura en un carrito que traía desde el abasto y que llegó a bastante. Por lo menos, hasta ese bar en el que el humo no deja ver el televisor pegado al techo.

El tercio de banderillas lo inició Curro Merodio, un cacereño que hacía su decimoquinta temporada en las Américas, esta vez en la cuadrilla de Restrepo. Un palitroque cayó a la arena para decepción del público.

Filmar se fijó en la blanca arena del albero y recordó su primera escapada con Lucía a la costa, a la playa. Pidió permiso a Don Faustino ya que por algo Lucía era su sobrina y éste se lo concedió con la condición que a la vuelta se casara con ella. Lucía era la típica chica de una telenovela –Aguas Mansas–, a las que él estaba enganchado al igual que todo Cali, Colombia y Latinoamérica. Se enamoró de ella nada más ver el mar. En el puerto de Buenaventura cuando llegaron había animación, mucho trajín comercial y por supuesto contrabando. Aprovechó el tiempo y arregló un asunto que le había encomendado el vasco Bengoechea. Después se dirigieron al norte hasta llegar a las playas de Juanchaco-Ladrilleros. Junto al Pacífico simuló unos ayudados por alto, unos naturales y finalizó su exhibición antes Lucía con un pase lento, quieto, de vuelta entera que el crítico de Radio Caracol, Parrita, llamaba bilbaína. Cerca del pueblo de Juanchaco estaba el muelle, los cafetines y los hospedajes baratos. Ellos pasaron su noche romántica en un hotelito de la parte alta en la boca del río Raposo, donde se respiraba un ambiente agradable. Abajo la larguísima playa de Choncho acogía a unos negros que tomaban son en la noche tropical.

Restrepo entró a matar en la suerte natural, encunándose. Filmar se imaginó, lo había leído en la revista Faena, a José Tomás cuando en Estella un cuerno le destrozó el pene. Se acordó de Lucía. La vuelta al ruedo de Restrepo fue apoteósica, sus dos orejas las paseó por todo el ruedo. Filmar pensó que sería difícil superar eso. Lucía creía en él.

Su boda en el Cafetal de Oro fue apoteósica. De ello, se encargó Don Faustino que quiso superar la fiesta de Ardilla, “el millonario bueno”, en la que según se decía habían actuado los Rolling Stonts. Algunos invitados del Cafetal recibieron de regalo mujeres y caballos

de paso fino, relojes de oro y, si eran políticos, un cheque o dos. El abuelo de Filmar bailó el bunde tolimense vestido de sacoleva. No sólo en la fiesta hubo músicos, y baile, -ni más ni menos que Manolín, el Médico de la Salsa, directamente desde La Habana- y mujeres hermosas, y muchas cosas de comer, sino que además "hubieron muertos" como debe ser en las fiestas colombianas.

Leandro Ramírez rajó a un sirviente mulato que se estaba zumbando a su esposa debajo de una mata de coco, después le rajó a ella. Leandro Ramírez se pasaba la mayor parte del tiempo en los cultivos de coca huyendo de las fumigaciones que había decretado el gobierno, además controlaba un par de laboratorios del interior, también se entendían con las FARC, la guerrilla de Tirofijo. Esa noche tras sus asesinatos le desaparecieron por la frontera peruana de Iquitos.

Sonó el clarín y Volatinero salió por el toril rebrincando, era un toro negro, caricárdeno con una tremenda y descarada arboladura. Este no era como la vacaloca que sacaban en las fiestas de su barrio. Le recibió con una larga cambiada, preparó el capote para unos afalorados y remató con una ajustadísimas chicuelitas que casi dan con su abuelo en la enfermería "no debía de haber venido". Desde el tendido gritaron "va a haber hule" como un mal presagio del peligro que se intuía.

Los picadores aparecieron en el albero, Tomás siempre le recordaba a una estatua de Botero "buena persona Tomás". El caballero se ajustó el castroreño, vio como Volatinero se arrancaba de lejos y se aferró con fuerza a la garrocha. El peto aguantó la embestida y Tomás le clavó una puya en toda la yema. El público rugió y Tomás tuvo que saludar al respetable. Le hizo el quite César Camacho que lanzó el capote al aire e instrumentó una lenta verónica que paró el mundo. El toro estaba fuerte cuando recibió el primer par de banderillas. El acto de la alternativa fue sobrio con abrazos rápidos, tanto Camacho, su padrino, como Restrepo de testigo le desearon suerte. Brindó el toro a don Faustino "su abuelo lo comprendería" y le entregó la montera que la puso bocabajo en su regazo. Se sentó en el estribo y así comenzó su primera faena de muleta como matador, sin embargo cuando mejor toreaba, Volatinero le entrampilló, el quite de un subalterno le salvó por esta vez. Citó al morlaco a al boca de riego, éste acudió presto y humillado, y ahí Wilmar Lozano recitó los mejores pases de la faena. Los naturales fueron lentos, embrocados y ligados, sólo se oía el crujir de los puros consumiéndose a bocanada, culminó la serie con un pase de pecho que las diecisiete mil personas corearon con un olé. Luego tiro de repertorio, hasta dio un Kirikiquí. Por último trasteó un poco antes de que llegara la suerte suprema. Filmar se enhiló delante de *Volatinero* y se lanzó al volapié. La estocada fue media pero efectiva, lagartijera.

